

~~(Para el disco de~~

Luís Cardoza y Aragón)

~~PRESENTACION~~

Por Juan Rejano

La obra entera de Luís Cardoza y Aragón pertenece al dominio de la poesía. Es la obra de un poeta. Lo mismo cuando acude a las formas métricas de expresión, es decir, al verso, que cuando se ampara en las de la prosa. Ni siquiera la diversidad de géneros en que se fragmenta, quiebra esta cualidad intrínseca. El poeta de El Sonámbulo es el mismo poeta de los ensayos de Apolo y Coatlicue, de la crítica <sup>pictórica</sup> ~~de arte~~ de La Nube y el Reloj y de esos dos libros inefable y venturosamente inclasificables que se llaman Pequeña Sinfonía del Nuevo Mundo y Dibujos de ciego y donde acaso residan las páginas poéticas más fulgurantes del gran escritor guatemalteco. Hasta cuando Cardoza y Aragón, en trance de crítica sociopolítica, se ve obligado a recurrir al testimonio directo, a ~~los datos~~ estadísticos, sigue siendo lo que en sustancia es: un poeta. Eso sí: un poeta nada elusivo, nada "quimérico". La "quimera" <sup>no siempre se aviene</sup> ~~está reñida~~ con la poesía. El verdadero poeta vive como nadie abrazado con un ansia inextinguible a la realidad. Vive--y muere-- por ella.

La poesía en verso de Luís Cardoza y Aragón constituye la primera parte de su obra. Ya para los años treintas, Luís había publicado varios libros de poemas--Luna Park, Maestro, El Sonámbulo, entre otros-- que en cierta parte nada más recogió después, en forma antológica, en el volumen titulado Poesía (1948) donde incluyó también algunas composiciones publicadas en revistas y antologías y otras de más reciente creación, como la muy significativa dedicada a Rafael Landívar. Es una

poesía radicalmente subjetiva: hermética y clara a la vez, precisa y esquivada, luminosa en su misterio y siempre llena de una ígnea vehemencia interior que la hace respirar en medio de voraces explosiones como un pequeño cráter. Nutrida por los elementos esenciales de la naturaleza humana--la soledad, el ensueño, la angustia, la muerte--no juega el juego fácil de las exhibiciones verbales, sino que, sumergiéndose en su propia experiencia dolorosa, sale de ella como por una especie de magia alucinada, en que la palabra se <sup>violenta o flagrante</sup> ~~eriza~~, se <sup>empira</sup> ~~eriza~~, se <sup>hace a sí misma</sup> ~~autoflagella~~, se ~~desespera~~ y, sin gritar, clama: clama como espantada de su propia analogía con lo más elocuente: el silencio. La alucinación sería acaso el único método que admitiría Luis en un intento de definir la poesía.

La poesía de Cardoza y Aragón no viene del Modernismo americano, como la de otros poetas contemporáneos suyos. Las conquistas del Modernismo--formales, <sup>lingüísticas,</sup> verbales, sobre todo--ya están en su morfología más visible, pero no viene de él: viene de Baudelaire, de Rimbaud, <sup>principalmente,</sup> ~~en primer lugar,~~ y de las corrientes que se desprendieron del mejor simbolismo para desembocar más tarde en el superrealismo. Y, sin embargo, su raíz es americana, latinoamericana. No sólo por el sentimiento: también por la expresión, por ciertos fenómenos recónditos de la expresión, que brotan y se identifican con la naturaleza y el espíritu de esta tierra. Y aquí podríamos repetir la frase de Martí que Cardoza recuerda en uno de sus libros: "El mundo se injertó en nuestra poesía, pero el tronco era americano". Es decir, que, aunque signado en cierto modo por el superrealismo, tampoco es Cardoza y Aragón un poeta superrealista, propiamente dicho. Yo dije de Pablo Neruda algo parecido, hace unos años, cuando alguien quiso clasificarlo como un adepto del superrealismo. Yo dije entonces que Neruda--y ahora lo digo también

de Cardoza-- , más que un superrealista a la manera europea, es un poeta de genuinas características americanas, características que, por más que entronquen en algunos aspectos con el superrealismo, no se diluyen en él. El mundo desintegrado que traduce el superrealismo no es el mundo por integrar que algunos grandes poetas americanos de cuarenta años atrás han reflejado en su obra, como reflejo, a su vez, de su tierra viva, de su América.

Se da , así, en Cardoza y Aragón, desde sus primeros pasos, un proceso que va de lo universal a lo local, y no al contrario, como comúnmente acontece. Pero no por un esnobismo desafortunado ni, mucho menos, por desdén de lo propio y gentilicio, sino porque, como él mismo ha dicho, "mi concepto de la poesía me hace imposible toda preocupación por lo local". Y no sólo de la poesía, diría yo, sino de la cultura en general, que en Cardoza jamás se confunde con los pequeños y aldeanos intereses de un clan o de otro. Y al fin, cuando lo local recabe un día toda la atención de Cardoza y vuelva a hacerse realidad ante sus ojos lo que durante toda su juventud fue nostalgia, se verá con qué inmensa ternura aflora ese mundo en su corazón, convirtiéndose en obra de arte, en creación poética universal, que acabará situando a su autor entre los primeros escritores de América Latina.

x  
x      x

Al iniciar estas notas, aludí a las actividades de Luís Cardoza y Aragón como crítico de arte, para sumarlas a la totalidad de su obra de poeta. En efecto, la crítica de arte en Cardoza es un ejercicio sostenido por la intuición y la lucidez: por la poesía. Esto no quiere decir, claro está, que Cardoza y Aragón ignore o desdeñe los conocimientos técnicos que un verdadero crítico de arte debe poseer,

ni tampoco que se dedique, como tantos, por desgracia, a hacer "literatura" frente a los fenómenos de la plástica. Al contrario: no hay más que asomarse a sus libros--La Nube y el Reloj, Pintura mexicana contemporánea, Orozco, México: pintura de hoy--para darnos cuenta de que estamos en presencia de un verdadero maestro: erudición, penetración, cultura, capacidad de análisis. Lo que ocurre es que Cardoza, cuando se sitúa ante la obra de arte, "olvida" todo eso, para dejar desnudos sus sentidos y aproximarse así a lo que el hombre ha creado. Es --en definitiva-- un hombre frente a otro hombre. O, si se prefiere, un artista frente a otro artista. Lo dice él mismo con estas palabras: "La crítica es un arte. Los pintores me dan su luz, y yo los alumbro, no sólo con la luz que me dan, sino con mi luz, con la que yo les doy". Y añade: "Los pintores son personajes reales de su creación y de mi creación... La obra ajena se recrea en nosotros, y nosotros en ella. Se hace nuestra". Es decir, a Cardoza no le interesa historiar el arte o contar las pequeñas o grandes anécdotas que forman su mundo interno o externo, sino penetrar en su esencia, apoderarse de ella. Tampoco con esto insinuamos que Cardoza haga abstracción de la circunstancia histórica en que la obra se produce. Precisamente, en sus análisis--tan agudos, tan vivamente dialécticos, a veces--suele ~~suele~~ haber un rigor que, aunque no podamos llamar científico, supera en mucho los de ciertos críticos que ponen en lo circunstancial todo su acento.

Pero, por encima de cualquiera otra consideración, lo que a Cardoza le seduce, lo que busca entre <sup>llamadas</sup> fogonazos y tinieblas, es la personalidad; lo que persigue con ahinco es el fenómeno cambiante y nuevo que a cada época se asoma para instaurar un misterio allí donde parece reinar mayor claridad. ¿Con qué fin? ¿Con qué objeto? ¿Acaso con el de permanecer ensimismado frente a él, simplemente? No. "La obra no es sólo un pretexto, un incitante para expresar puntos de vista perso-

nales: nos obliga a encaminar al lector,dejándolo en libertad,hacia lo único de lo contemplado". Tal expresa Cardoza y Aragón,para aclarar luego que la crítica "más que a establecer el orden,ayuda a ver, a liberar,a cambiar o crear la visión"."Y no es un puente--agrega-- el que construye entre el artista y el contemplador: ofrece un probable y acaso posible itinerario de vuelo,para advertir lo que la obra guarda de único por encima de la fascinante estupidez de la moda o la tradición considerada como lastre pragmático".Y redondea su pensamiento con estas palabras: "Dar luz,y darse a luz".Esto es,no "enseñar",porque "el magister es el más insoportable y absurdo",si no encenderse,iluminarse con las llamas interiores de la obra,para que otros puedan iluminarse y encenderse también.Esto me recuerda una vieja frase de Unamuno,el agónico,el contradictorio,que,más o menos,venía a decir así: "A veces,tiene uno que pegarse fuego a sí mismo,para encender a los demás".

De esta manera--a esta altura--entendió siempre Luís Cardoza y Aragón la crítica de arte,como también la entendieron otros ~~grandes~~ poetas--Baudelaire, en primerísimo lugar--que en ella pusieron su espíritu.Y del ~~xx~~ mismo modo cultivó el ensayo,que en él--vuelvo a recordarlo--es otro medio de expresión poética,razón por la cual no vamos a ~~cometerlo~~ <sup>detenernos</sup> ahora <sup>en su examen</sup> a ningún tipo de reflexión,ya que,sin quererlo, repetiríamos, <sup>quizá</sup> ~~posiblemente~~, conceptos vertidos anteriormente.

X

X

X

Luís Cardoza y Aragón salió muy joven,casi un niño,de Guatemala, su patria: volvió en el amanecer revolucionario de 1944.Un cuarto de siglo ~~por medio~~.Un cuarto de siglo <sup>Había transcurrido así</sup> ~~cargado~~ <sup>que en Luis se hizo canal vivo</sup> de experiencia,de cultura, de mundo,de obra.Y de amor por Guatemala.Y de conocimiento hondo de

ella, atesorado lejos, en los días de destierro.

A su regreso, Cardoza y Aragón se dedicó apasionadamente a servir al nuevo régimen que el pueblo se había dado. Fue una época de entrega incondicional a una causa hermosa: construir un país, incorporarlo a los dones de la cultura, llevar su imagen al exterior, ante otros pueblos. ~~V~~ Esfuerzo intenso, generoso, pero por desgracia breve. La traición acechaba. En 1954, apenas una década después de la revolución liberadora, Guatemala, pequeño país que a nadie amenazaba ni a nadie ofendía, fue aniquilado como Estado democrático por aquéllos que han hecho de la democracia un cepto para cazar y exprimir a los débiles. El pretexto fue el de siempre, el que de sobra conocemos: el comunismo. ¡El comunismo en un país que apenas salía de las sombras feudales! La verdad, sin embargo, era otra. La verdad es que los monopolios extranjeros, que siempre han esquilado la tierra de Guatemala, necesitaban poseerla por entero. Y sin dificultades, además. No podían tolerar que sobre esa tierra creciera la libertad, arraigara la independencia económica, mejorara de vida los obreros y campesinos, aprendiera a leer el indio, recibiera los beneficios de la sanidad la población más necesitada.

Diez años estuvo el imperialismo poniendo obstáculos y creando asechanzas al desenvolvimiento democrático de Guatemala. Diez años en que acudió a las más sucias maniobras y azuzó, día a día, a los mastines de la prensa reaccionaria del Continente, de esa prensa que cuando Ubico estrangulaba a Guatemala, y Guatemala se desangraba lentamente, no tuvo jamás para ella una palabra. Pero llegó un día en que, con la reforma agraria, los monopolios extranjeros vieron amenazados sus intereses, sus oscuros e ilegítimos intereses, y decidieron pasar de los pequeños ataques, de las confabulaciones y conspiracio-

nes agresivas, al ataque en gran escala. Lo demás, ¿para qué recordarlo? ¿Para qué recordarlo sin que se nos altere el ánimo y se nos encienda de ira la sangre?

Sucumbió el pequeño y heroico país. Y a ello le llamó "gran victoria" su más <sup>conspicuo</sup> repugnante verdugo. En medio del dolor y del duelo, una inmensa carcajada resonó en los cinco continentes. Gran victoria, sí, tan grande, que, para él, representaba el desquite de los incesantes fracasos que en todas partes venía sufriendo su política de rapiña. Los indefensos países de América son buen manjar para los derrotados capitanes de ese llamado "mundo libre" cuyas virtudes consisten en dejar sin libertad a todo el mundo.

Y cayó sobre Guatemala la más sangrienta represión. Sobre su suelo se extendió el repertorio de los más lívidos rencores. La obra de progreso y libertad de diez años, sepultada en unas horas. ¡Ay, Guatemala hermosa, hija del sol, de los bosques y las aguas luminosas, país de los pájaros fabulosos y las gentes sencillas y cordiales! Jamás se apaga en mi corazón el recuerdo de aquellos pobres campesinos, de aquellos indios silenciosos que alguna vez vi en Chchicastenango, en Panajachel, en tantos y tantos pueblos, entre los lagos y las montañas, hombres que nunca supieron de otra cosa que del dolor y de la humillación y sobre los cuales pesa desde entonces la losa del odio, de la traición y de la muerte.

Esta dramática experiencia conmovió hasta la raíz la sensibilidad de Luis Cardoza y Aragón, y poco después el poeta nos legaba dos libros extraordinarios. Dos libros que son como relámpagos amorosos e iracundos en la noche guatemalteca. Relámpagos que perdurarán, que están alumbrando desde su aparición el despertar de la sangre estrangulada. El poeta se abraza en esta ocasión tremante con el patriota. El hom-  
~~bre~~

bre desnudo y acosado, con el escritor capaz de lanzar centellas de su corazón. Y en medio, como un hermoso plumaje casi destruido pero arrebatado de esperanza, resplandece Guatemala. Pocas veces un artista, un poeta, ha llegado a consustanciarse de tal modo con su pueblo, con las convulsiones y agonías de su pueblo. Pocas veces el hombre ha dignificado con tanta altura el oficio de escritor. Las mejores páginas en prosa de Cardoza y Aragón, que ha dado tantas, están aquí, en estos documentos restallantes, en estas <sup>tiernas</sup> evocaciones de su infancia y de su geografía natal, en estos recios murales de historia, en estas valientes denuncias amasadas con cifras, testimonios, metáforas, reflexiones ~~políticas~~, donde se oye latir a su pueblo, secularmente explotado y traicionado secularmente. Y es que el pueblo, lo que el pueblo representa en sus más trágicos o jubilosos momentos, es la piedra de toque para el escritor. Y nunca el escritor llega a serlo más auténticamente que cuando sabe sentirse tornavoz de las ansias del pueblo, expresión apasionada de la conciencia popular.

Dos libros extraordinarios, repito. Y añado: dos libros que consagran para siempre a un poeta, a un hombre, a un patriota. Mañana, cuando Guatemala recobre la luz, se olvidarán muchas heridas, muchas defecpciones, muchas horas de amargura. Pero no se olvidarán estos dos libros, que son, a la vez que una pirámide cegadora de belleza, una lección viva de historia, de la historia que nos hace hombres día a día, porque está fraguada con sueños, lágrimas, errores y heroismos, y de la que hará hombres también a los que laten ya en las entrañas mismas de nuestros actos. Acaso, ciertas precisiones, ciertas definiciones que en estas páginas se contienen, pudieron parecer en los primeros momentos como formuladas por un criterio demasiado personal; pero el tiempo se ha encargado de demostrar que su autor era justo en lo fundamental, y por

ello su honradez, su desinterés, su lealtad están fuera de toda duda. Precisamente lo que realza y como que ilumina esas páginas es la pasión casi agotadora por esclarecer hasta las últimas causas, por recoger y fundir en un solo análisis todos los factores, contradicciones y fenómenos que se dieron en el caso guatemalteco. Cardoza no es un hombre de partido. El suyo tiene una denominación simple y profunda: el pueblo, el pueblo de Guatemala, y desde él, sintiéndose ~~se~~ participe en la responsabilidad de todos, interpela a los demás y los invita, por medio de la crítica, a desentrañar las raíces del drama. Algunas las pone él mismo al descubierto. Ante otras no encuentra asideros y, como el rey de la tragedia antigua, pregunta obsesivamente: ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué? Ningún hombre sensible ha dejado de acompañarlo en esta búsqueda. Porque este gran poeta y escritor, al ~~entrar~~ <sup>fundirse</sup> ~~se~~ <sup>entrañablemente con</sup> ~~se apasionadamente~~ a su pueblo y encenderse en la llama que lo levanta martirizado, revela tal hondura de sentimiento, prende con tal fuerza la sensibilidad y la razón del que lo lee, que las fronteras se borran y las mezquindades desaparecen, para dejar paso a una profunda sed de justicia, a una sed que se hace universal, como universal se hace, por muy nacional, la causa de Guatemala.

Guatemala: las líneas de su mano y La revolución guatemalteca —las dos obras de Cardoza y Aragón a que estamos haciendo referencia— pertenecen a la categoría de los libros que hacen época. La nuestra, por lo que toca a Guatemala, estará siempre representada por ellos y el nombre de su autor perdurará entre los de aquellos poetas que supieron crear hermosas imágenes arrancadas a la cantera humana, símbolos de lucha y esperanza, en el lívido reino <sup>de</sup> de la muerte.